

Jueves 7 de Mayo  
1942

LA MUERTE DE LOS OLMECAS.  
CRONICA DE LA CONVENCION OLMECA.

II

Por Rafael García Granados.

Se acabaron los olmecas  
Los mató la convención  
Hoy se llaman de La Venta  
¡Era puro vacilón!

Esta es la forma poética musicada en que los estudiantes de la Escuela de Antropología sintetizaron las conclusiones a que llegó la Convención Olmeca en su sesión de mesa redonda, después de cinco días de trabajo intenso a mañana y tarde en Tuxtla Gutiérrez, el último de los cuales la sesión terminó a media noche; síntesis menos pesimista, en su forma poética al menos, que la del Dr. Alfonso Caso que dice así:

Hemos sudado manteca  
Llegando a la conclusión  
De que no habrá discusión  
¡Cada loco con su olmeca!

Sin embargo, las conclusiones en prosa fueron mucho más realistas y brillantes, como lo hizo notar el Dr. Spinden (Don Pepe, como lo rebautizaron los convencionistas) quien anatematizó a los poetas clasificándolos como individuos que buscan el lugar adecuado para poner un huevo azul.

La negación de los olmecas fué tanto más espectacular cuanto que las discusiones se iniciaron con un acto de prestidigitación de Wigberto Jiménez Moreno, quien habiendo cubierto con su sombrero el huevo olmeca, lo destapó transformado en seis huevos: uno grande, el complejo Q de los olmecas arqueológicos con cara de niño y boca de tigre, y cinco grupos de olmecas históricos a los que, con creciente alarma del Dr.



Vaillant, denominó pre-olmecas, proto-olmecas, paleo-olmecas, neo-olmecas y post-olmecas.

La muerte en sus propios cascarones de estos cinco grupos de olmecas relativamente modernas, fué un verdadero filicidio, un aborto - provocado por su mismo padre Jiménez Moreno, quien llegó a la conclusión adoptada unánimemente por los convencionistas, de que el término olmeca no tiene más valor que el etimológico: "habitantes de la región del hule", que se caracteriza consiguientemente por su elasticidad. Las fuentes históricas, principalmente Sahagún, la Historia Tolteco-Chichimeca, Muñoz Camargo e Ixtlilxochitl, llaman olmecas a diversos pueblos de razas, culturas y lenguas diferentes, que ocuparon en épocas distintas la región del hule o que habitaron en la altiplanicie procedentes de dicha región o, al menos, recibieron de aquellos costumbres y características culturales que los relacionan con ellos pero - sin identificarlos del todo. Figuran entre éstos, sucesivamente, los mayoides (totonaco-tepehua y mixe-zoque de la familia totonaco-mayance); zacatecas de Zacatlán, nonoalcas y atlampanecas y, finalmente, los mixteco-popolocas, xicalancas y mazatecos ya francamente nahuatizados; y en la altiplanicie, pero en la vertiente oriental del Iztaccihuatl, los cholultecas y tlaxcaltecas. A esta última rama, llamada confusionalmente olmeca, se deben los altares de Tizatlán que la identifican con el pueblo cuyos tlacuilos pintaron los códices del Grupo Borgia. Esta última conclusión no figura expresamente entre las de la Mesa Redonda, - pero parece imponerse.

En resumen, que los olmecas históricos, a fuerza de serlo todo y todos, quedaron reducidos a la nada; se devoraron a sí mismos para ser substituidos por una serie de pueblos cuya historia incipiente y <sup>pr</sup>ovisional está llamada a hacerse más que a rehacerse o rectificarse.

Veamos ahora como desapareció el huevo grande: los olmecas ar-



queológicos. Desde hace años vienen apareciendo en lugares tan distantes como Costa Rica, Chiapas, Tehuantepec, Oaxaca, Puebla, Tabasco y Veracruz, figurillas de jade maravillosamente talladas que tienen características comunes que las separan de lo maya, teotihuacano, tolteca y azteca. El misterio de estas figurillas venía preocupando ya a los arqueólogos cuando, hace un par de años, el Dr. Mathew Stirling, patrocinado por la Smithsonian Institution de Washington y el National Geographic Magazine, descubrió en Tres Zapotes (antes Hueyapan), cerca de Tuxtla, Veracruz, una cabeza monumental; una estela con numerales premayas al rededor de la cual se ha derramado mucha tinta; una gran caja de piedra tallada y otros objetos que desconcertaron a los arqueólogos hasta el extremo de hacerlos convenir pírrónicamente en que la única manera de conservar su fama ~~xx~~ y prestigio sería volver a enterrar estos objetos y olvidarlos. Poco después el mismo afortunado arqueólogo encontró en el cerro de Las Mesas, al Norte de Tuxtla, una estela mayoide correspondiente, al parecer, al siglo V de la era cristiana, una preciosa figurilla de jade, una pequeña canoa del mismo precioso material y otros varios objetos. Pero el colmo de la fortuna de Stirling fueron sus recientes hallazgos de La Venta, en los límites de Tabasco y Veracruz, consistentes en toda una ciudad arqueológica, un sarcófago de piedra con restos humanos, muchos objetos de jade entre los que el más importante es una figurilla en posición budista de jade pintado de rojo con una incrustación de pirita en el pecho.

Las conclusiones de la convención acerca de este huevo las expondré en próximo artículo, después de visitar La Venta para donde ya salgo. Baste mientras tanto decir que, en lo fundamental, se acordó llamar Cultura de La Venta a lo que antes se llamaba olmeca, y consi-



derarla como la cultura madre de todas las de México y Centro América. El único disidente de esta conclusión fué don Pepe Spinden, quien expresó así su inconformidad: "Yo estoy conforme con que sea la madre de todas las culturas, pero esa madre se casó con un señor muy viejo: el Viejo Imperio Maya". Alguien objetó que cómo explicaba entonces el hallazgo de un vaso olmeca, (perdón La Venta) en un horizonte arcaico (Zacatenco) en Calixtlahuaca. Su respuesta no se hizo esperar: "Debe haber sido un hijo nacido antes del matrimonio".



Jueves 7 de Mayo  
1942

LA MUERTE DE LOS OLMECAS.  
CRONICA DE LA CONVENCION OLMECA.

II

-----  
Por Rafael García Granados.  
-----

Se acabaron los olmecas  
Los mató la convención  
Hay se llaman de La Venta  
¡Era puro vacilón!

Esta es la forma poética musicada en que los estudiantes de la Escuela de Antropología sintetizaron las conclusiones a que llegó la Convención Olmeca en su sesión de mesa redonda, después de cinco días de trabajo intenso a mañana y tarde en Tuxtla Gutiérrez, el último de los cuales la sesión terminó a media noche; síntesis menos pesimista, en su forma poética al menos, que la del Dr. Alfonso Caso que dice así:

Hemos sudado manteca  
Llegando a la conclusión  
De que no habrá discusión  
¡Cada loco con su olmeca!

Sin embargo, las conclusiones en prosa fueron mucho más realistas y brillantes, como lo hizo notar el Dr. Spinden (Don Pepe, como lo rebautizaron los convencionistas) quien anatematizó a los poetas clasificándolos como individuos que buscan el lugar adecuado para poner un huevo azul.

La negación de los olmecas fué tanto más espectacular cuanto que las discusiones se iniciaron con un acto de prestidigitación de Wigberto Jiménez Moreno, quien habiendo cubierto con su sombrero el huevo olmeca, lo destapó transformado en seis huevos: uno grande, el complejo Q de los olmecas arqueológicos con cara de niño y boca de tigre, y cinco grupos de olmecas históricos a los que, con creciente alarma del Dr.



Vaillant, denominó pre-olmecas, proto-olmecas, paleo-olmecas, neo-olmecas y post-olmecas.

La muerte en sus propios cascarones de estos cinco grupos de olmecas relativamente modernas, fué un verdadero filicidio, un aborto provocado por su mismo padre Jiménez Moreno, quien llegó a la conclusión adoptada unánimemente por los convencionistas, de que el término olmeca no tiene más valor que el etimológico: "habitantes de la región del hule", que se caracteriza consiguientemente por su elasticidad. Las fuentes históricas, principalmente Sahagún, la Historia Tolteco-Chichimeca, Muñoz Camargo e Ixtlilxochitl, llaman olmecas a diversos pueblos de razas, culturas y lenguas diferentes, que ocuparon en épocas distintas la región del hule o que habitaron en la altiplanicie procedentes de dicha región o, al menos, recibieron de aquellos costumbres y características culturales que los relacionan con ellos pero sin identificarlos del todo. Figuran entre éstos, sucesivamente, los mayooides (totonaco-tepehua y mixe-zoque de la familia totonaco-mayance); zacatecas de Zacatlán, nonoalcas y atlampanecas y, finalmente, los mixteco-popolocas, xicalancas y mazatecos ya francamente nahuatizados; y en la altiplanicie, pero en la vertiente oriental del Istaccihuatl, los cholultecas y tlaxcaltecas. A esta última rama, llamada confusionalmente olmeca, se deben los altares de Tizatlán que la identifican con el pueblo cuyos tlacuillos pintaron los códices del Grupo Borgia. Esta última conclusión no figura expresamente entre las de la Mesa Redonda, pero parece imponerse.

En resumen, que los olmecas históricos, a fuerza de serlo todo y todos, quedaron reducidos a la nada; se devoraron a sí mismos para ser substituídos por una serie de pueblos cuya historia incipiente y provisional está llamada a hacerse más que a rehacerse o rectificarse.

Veamos ahora como desapareció el huevo grande: los olmecas ar-



queológicos. Desde hace años vienen apareciendo en lugares tan distantes como Costa Rica, Chiapas, Tehuantepec, Oaxaca, Puebla, Tabasco y Veracruz, figurillas de jade maravillosamente talladas que tienen características comunes que las separan de lo maya, teotihuacano, tolteca y azteca. El misterio de estas figurillas venía preocupando ya a los arqueólogos cuando, hace un par de años, el Dr. Mathew Stirling, patrocinado por la Smithsonian Institution de Washington y el National Geographic Magazine, descubrió en Tres Zapotes (antes Hueyapan), cerca de Tuxtla, Veracruz, una cabeza monumental; una estela con numerales premayas al rededor de la cual se ha derramado mucha tinta; una gran caja de piedra tallada y otros objetos que desconcertaron a los arqueólogos hasta el extremo de hacerlos convenir pírrónicamente en que la única manera de conservar su fama ~~xx~~ y pretigio sería volver a enterrar estos objetos y olvidarlos. Poco después el mismo afortunado arqueólogo encontró en el cerro de Las Mesas, al Norte de Tuxtla, una estela mayoide correspondiente, al parecer, al siglo V de la era cristianz, una preciosa figurilla de jade, una pequeña canoa del mismo precioso material y otros varios objetos. Pero el colmo de la fortuna de Stirling fueron sus recientes hallazgos de La Venta, en los límites de Tabasco y Veracruz, consistentes en toda una ciudad arqueológica, un sarcófago de piedra con restos humanos, muchos objetos de jade entre los que el más importante es una figurilla en posición budista de jade pintado de rojo con una incrustación de pirita en el pecho.

Las conclusiones de la convención acerca de este huevo las expondré en próximo artículo, después de visitar La Venta para donde ya salgo. Baste mientras tanto decir que, en lo fundamental, se acordó llamar Cultura de La Venta a lo que antes se llamaba olmeca, y consi-



derarla como la cultura madre de todas las de México y Centro América. El único disidente de esta conclusión fué don Pepe Spinden, quien expresó así su inconformidad: "Yo estoy conforme con que sea la madre de todas las culturas, pero esa madre se casó con un señor muy viejo: el Viejo Imperio Maya". Alguien objetó que cómo explicaba entonces el hallazgo de un vaso olmeca, (perdón La Venta) en un horizonte arcaico (Zacatenco) en Calixtlahuaca. Su respuesta no se hizo esperar: "Debe haber sido un hijo nacido antes del matrimonio".